

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

# **El argentino como vocación, autobiografía y ficción en el idioma de los argentinos.**

Rouco, Marina.

Cita:

Rouco, Marina (2011). *El argentino como vocación, autobiografía y ficción en el idioma de los argentinos. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/58>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# “El argentino como vocación”

[autobiografía y ficción  
en el idioma de los argentinos]

Marina Rouco

Lic. En Ciencia Política (UBA)

[mararouco@gmail.com](mailto:mararouco@gmail.com)

**Resumen:** realizaremos un seguimiento de la cuestión del idioma nacional, desde la ruptura política con España hasta las primeras décadas del siglo XX. Rescataremos, para el análisis, el poder constitutivo del lenguaje de las distintas zonas del espectro social: el idioma de los argentinos nació junto con los primeros políticos, ideólogos, poetas, trabajadores... en un boceto paralelo de las personalidades y de una identidad nacional. El lenguaje, fundante de ambos procesos, tendrá la particularidad de enraizar tanto política como ficción en su calidad genérica, he ahí la fuerza vocacional –adhiriendo a la definición de Borges– de nuestro idioma: constitutivo de un ser en su práctica.

**Palabras claves:** lenguaje, idioma, autobiografía, ficción, generación, Sarmiento, Borges.

"A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: la juzgo tan eterna como el agua y el aire"

Jorge Luis Borges, Buenos Aires, 1929.

Si uno se pone a revisar el material literario de las últimas décadas de nuestro país, no con demasiada pericia puede notar que la relación entre esas producciones, por disímiles que sean, y las napas ideológicas que han estado latiendo en esas mismas décadas es una relación de intimidad, cuando menos, próxima.

La no tan afamada como prolifera 'nueva literatura', desde Martín Rejtman a Pola Oloixarac (representantes también de nuevas generaciones de gente de letras que importan imágenes propias de sus mundos etarios, que mudan la práctica del encuentro a los *lounges* de las editoriales que se despuntan con ellos y aproximan el acontecimiento a un evento más de la mercadotecnia), mucho ha de contarnos del desguace neoliberal de las postrimerías de los noventa en la Argentina.

Sin embargo, es apocalíptico y reduccionista suponer que nos cuenta sólo eso. Nos habla también de un movimiento en la industria editorial; de una renovación y continuación del hábito de la escritura; de una búsqueda formal que implica un acercamiento al ámbito del diseño, quizás, producto del auge de la informática y la telecomunicación, leitmotiv de todo lo que sucede desde que tengo conciencia. Entropía, Caja Negra, Interzona, La Marca, Bajo la Luna, Eterna Cadencia, El Andariego, Tamarisco son algunas de la extensa lista de editoriales que han entrado al mercado en los últimos veinte años, signo de una lista así de extensa de nuevos gestores culturales que vienen a ocupar el lugar que las editoriales monstruo no abastecen, microemprendimientos independientes, por necesidad o elección, que vehiculizan la publicidad de estos autores noveles que escriben la Argentina de hoy. Despojada del dorado a la hoja menemista, en el caso de Rejtman, que, con una prosa también despojada, intenta recrear el clima de desasosiego de una juventud debilitada, pero aún bella. Armada hasta los dientes, en el caso de Oloixarac, en una prosa mucho menos amable que la de Rejtman, más potente, que destila la ponzoña de no haber sido el agente histórico que pretende exterminar: el joven de los setenta.

Apuntes de crítica literaria a un lado, la relación entre literatura e historia parece indisociable. Raymond Williams, en sus tesis de teoría cultural, exploraba exhaustivamente este binomio para entender la categoría de 'historia' a través del materialismo histórico, pero capaz de incluir, dentro de los materiales de su evolución, también a los materiales de la cultura. Este tipo de lecturas hace de Williams uno de los representantes más lúcidos del marxismo contemporáneo. Antes, Mijail Bajtín ya había atravesado estos dos conceptos en sus teorías sobre el lenguaje y los géneros discursivos.

La historia de la formación de la República Argentina se dio activamente en un plano narrativo. La historia nuestra nació a la par que los primeros relatos que sobre eso hubo; cómo escribirlos parecía tener un valor adicional sobre el devenir de los acontecimientos. El pasado era la ruptura, y la sensación de cuenta cero no es lo mismo que la tabla rasa, en ese sentido, el peso de la historia se hace cuerpo en cada uno de esos textos que hoy nos la cuentan. ¿Acaso ha cambiado completamente nuestra casta de políticos?, ¿por qué Sarmiento escribió el *Facundo*; Moreno, lo suyo; otro tanto Echeverría, y nuestros políticos contemporáneos no pueden escribir, en la mayoría de los

casos, ni sus propios discursos? Por un lado, sí; ha cambiado completamente nuestra casta de políticos (¿a la par que la burguesía desplazó a la aristocracia en los roles activos del orden social?), pero, por otro lado, decir que la generación del 37, la generación del 80 y la vanguardia intelectual de 1920 *estaban escribiendo la historia* no es un eufemismo. Esta peculiaridad en el cruce entre literatura e historia dota a las polémicas resultantes de su seno de un fuerte contenido autobiográfico. Aunque no se explicita como el relato de la propia vida, los portavoces de las distintas generaciones se presentan como narradores que dan su parecer, juzgan los acontecimientos, aparecen como testigos en una zona fronteriza desde la que constituyen y se constituyen; y como un espejo deformante, equivalente a esta zona de subjetividad, o voz propia, se manifiesta la ficción como motor de la identidad colectiva que se pretende establecer.

\*\*\*

Di Tullio plantea que la cuestión del idioma surgió en un momento de crisis de la identidad nacional (Di Tullio, 2010, p. 23); esta afirmación contextualiza nuestro objeto de estudio: se trata de la crisis motivada por la ruptura política con la España peninsular, que atraviesa el proceso de construcción del Estado argentino y se suspende luego de las primeras cuatro décadas del siglo XX, con lo que podría considerarse una anécdota menor –la polémica lingüística entre Borges y Américo Castro–, pero que, en virtud de ‘la cuestión’, terminó por definir el debate y, si bien es distorsionado concluir que se llegó a ese puerto con la definición de nuestra identidad, se erigió a Borges en uno de los escritores argentinos por antonomasia.

Tanto lengua como nación son dos constructos que responden a causas sociopolíticas y que engloban a un colectivo. La exaltación de la lengua propia fue el modo elegido por los discursos emancipatorios para crear las representaciones de pertenencia, que derivarán en el moderno concepto de nación. Vale mencionar, siguiendo a Del Brutto, que esta idea de lengua propia parte del desconocimiento de un habla previa, al momento de la llegada de los conquistadores (Del Brutto, 2008, p. 272); el proceso de modernidad asociado a una idea de civilización que es a la vez que el contraste con la barbarie, un estado realizado del desarrollo puede dar cuenta de tal desconocimiento, o negación (Williams, 2000, p. 26). Este mismo encuentro con ese Otro –que signa a la Modernidad desde la Conquista hasta la caída del muro de Berlín– se trasladará a la cuestión del idioma de manera pendular, moviéndose desde España hasta la figura del inmigrante. Borges sutura ambas preeminencias con el reenvío de la polémica al área de la estética, y, así, un falso ensayo (en palabras de Sarlo) habilitará a que la temática se aborde desde una historia de vida<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Éste será el hilo de nuestra argumentación; véase, aunque resulte un tanto forzado, el modo como inicia su libro *Políticas lingüísticas e inmigración, el caso argentino*, Ángela Di Tullio. “El recuerdo infantil más nítido de papá fue el encuentro con su padre, a la entrada de Filetto” p. 11.

## I. Proyecto a futuro: la Generación del 37

La descripción del espacio físico, la toponimia, y la obstinación en la figura del desierto son una constante en los escritos de este grupo de jóvenes letrados, que parece buscar en esa figura de vacío la justificación de sus necesidades de completar la historia con palabras. El objetivo era finalizar la independencia de la metrópoli; como menciona Di Tullio, se trata de un trabajo de deconstrucción y otro de construcción: desmontar la herencia y llenar el vacío resultante. Fue Juan María Gutiérrez el que activó la función fática de iniciar el diálogo en la apertura del Salón Literario, quien con metáforas algo infantiles –un árbol que cuando se traslada degenera; una planta que nace en el seno de las sociedades que empiezan a formarse– esbozó los primeros lineamientos públicos de lo que debiera ser nuestra literatura, y nuestro ser civilizados. La alusión a la naturaleza, al tiempo que da cuenta del espacio, da cuenta del futuro. Jorge Dotti dirá que la Generación del 37 evalúa el movimiento independentista desde la posteridad y no desde posiciones activamente comprometidas (Dotti, fot., p. 17), de aquí el sesgo utópico de su programa. Es curioso detenerse brevemente en el reenvío al espacio que la palabra ‘utopía’ significa.

Dotti articula esta afirmación con la de la inversión del orden de los acontecimientos: mientras el resto de las revoluciones del siglo XVIII comenzó por una renovación de sus hábitos y costumbres mentales, para concluir en la escisión política; aquí ha sido al revés. La posteridad trae, entonces, la carga de construir antecedentes y la esperanza de convertirse en iniciador. Encontramos desde los albores de nuestra tradición de pensamiento la presencia de ficciones fundacionales que no son más que una de las manifestaciones de estas figuras mitológicas, mitad hombres de estado, mitad escritores; autores de novelas y padres de la patria. Doris Sommer analiza este vínculo entre política y ficción en la historia de la formación de las naciones latinoamericanas y establece una relación entre el lenguaje de amor de las novelas históricas que ella toma (*Amalia* de José Mármol, en el caso argentino) y el surgimiento de la familia nuclear burguesa; la aparición de los romances, la importación del ideal burgués de familia y la consolidación nacional estarían atravesados, según Sommer, por el mismo lenguaje apasionado y fundante (Sommer, 2010, pp. 99-134). Si buscamos las producciones literarias de esta generación –*El Matadero*, *La Cautiva*, *El gigante Amapolas*, *Facundo*, *Soledad*, *Amalia*– y las leemos junto con los materiales no declaradamente ficcionales de los mismos autores, observamos la persistencia de un tono acalorado, al margen del género. No son todas novelas de amor, sin embargo, todas delinean un lugar de pertenencia, eso mismo sucede con el material propiamente filosófico. Además de evidenciar la inmadurez de la tradición literaria y una zona epistemológica poco clara entre la ciencia y el arte, esta unilateralidad tonal terminará por bosquejar el rol que los personajes más relevantes irán a desempeñar en lo que les sigue de historia. Así, al leer las críticas de Sarmiento a un lenguaje terrorista y confuso, junto con el *Facundo*, uno puede entrever en el escritor al futuro político; no se puede ver a un ideólogo en el Alberdi de *El Gigante Amapolas*, pero sí lo vemos luego de cruzar esa lectura con su crítica a Bartolomé Mitre en *Grandes y pequeños*

*hombres del Plata*<sup>2</sup>; del mismo modo, se hace más patente el modo de entender la historia de Mitre, si a su *Historia de Belgrano* le sumamos el prólogo de su *Soledad*, escrito diez años antes.

El caso de Sarmiento es quizás el más notorio, en esta doble fundación a la que nos referimos. Beatriz Sarlo habla de Sarmiento como de un *self made man* que, consciente de ello, propone su propio modelo para la nación (Sarlo, 2007, p. 16). Esta es una diferencia con respecto al resto de su generación, de tinte más romántico que racionalista; pero aun así, agentes de la misma operación. La cuestión del idioma se enraíza, como venimos desarrollando, en la retroalimentación entre lenguaje y cultura; Sarmiento suma la dimensión ordenadora del pensamiento: el *feedback* lengua-pensamiento, garante, en última instancia, de la vehiculización de ideas acordes con un proyecto republicano. La expresión ‘todos’ a la que recurre con frecuencia Sarmiento en sus discursos –la manera de escribir las palabras es una cosa que interesa a todos igualmente<sup>3</sup>–, y una retórica que interpela (el vocativo ‘señores’ aparece luego de muchas de sus afirmaciones) y da rienda a un derrotero de funciones expresivas y conativas son el marco para alguien que entiende el lenguaje como praxis y para quien la escritura es una puerta a la política. En el *Facundo* incorpora la lengua, como dice Di Tullio, al esquema de civilización y barbarie: el lenguaje confuso usado por los caudillos, el insulto, serán la continuación de la dependencia y, al igual que España, otro foco de batalla. De la junta entre su explicación del enigma de la revolución argentina (Sarmiento, 2002, p. 105) y los elementos performativos de sus discursos, Sarmiento, soldado de la pluma, lanza sus programas: “¡Siempre los gramáticos olvidándose de la nación! (...) Tenemos, pues, que traducir, compilar, redactar todos nuestros libros elementales de instrucción; y lo que a este respecto tenemos que hacer nosotros, tienen que hacerlo igualmente todas las secciones americanas” (Sarmiento, fot., pp. 23-24). Alerta para la RAE, para Bello, para Rosas y para todo aquel que ponga resistencia a su voluntad de dar inicio.

La vida por escrito, la novela de su vida, biografías y autobiografías en la obra de Sarmiento, que comparte así con Mitre el convencimiento de que las buenas novelas son la más alta expresión de cualquier nación<sup>4</sup>. La novela de Mitre no compete con la literatura del *Facundo*, sin embargo, la primera es declaradamente una ficción, y la segunda no. Sarmiento se autopostula como

---

<sup>2</sup> Tomamos el término ‘ideólogo’ de Dotti, J. en la categorización que hace de Alberdi en el artículo ya citado. Dotti argumentará que el lugar de Alberdi es el lugar de quienes tematizan lo político libres de las responsabilidades de la decisión efectiva. Recordamos que Mitre despidió a Alberdi de su cargo de Encargado de los negocios de la Confederación argentina. Creemos que el encono personal mueve, también, estos escritos.

<sup>3</sup> Ver *Obras Completas de Sarmiento IV Ortografía, Instrucción Pública (1841-1854)*, Buenos Aires, Ed. Luz del día, versión fotocopiada, p. 1. Luego se repite en p. 10 (en mano de todos), p. 16 (los que necesitan escribir cartas son todos los habitantes de una nación).

<sup>4</sup> En el Prólogo de *Soledad* (1847), Mitre dice: “La novela popularizaría nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la independencia”.

héroe, cae Rosas; Mitre utiliza el término de héroe<sup>5</sup> para referirse a Belgrano, y une a los relatos de su personaje, los sucesos de la época bajo el título de 'historia'; Alberdi (¿el primer revisionista?) entiende que no cualquier biografía es historia y, dando inicio a una nueva etapa, exhorta: "la falsa historia es origen de la falsa política"(Alberdi, fot., p. 80)

## II. El desierto que se va: entre el gaucho y el inmigrante

Tomando una línea de las *Memorias* de L. Mansilla se abre la resignificación de la carencia que reclama una acción fundadora. Sarlo realiza una inquietante lectura de la etapa que protagonizan los hombres del 80; la polisemia de la palabra desierto se pone en evidencia cuando su conquista implica la negación de los derechos de sus, hasta entonces, ocupantes, cuya cultura no es asumida como tal. Desierto no aludía sólo a la naturaleza de las tierras, sino también a un lugar (des)habitado. Parafraseando al Hegel del *Brumario* de Marx: los hechos de la historia se producen, como si dijéramos, dos veces, la primera como tragedia y la segunda como farsa, así, los colonos travestidos en el ejército de Roca. Es cierto que esta acepción ya estaba en el uso que le daba la generación previa, pero se ha vuelto más grosera la metáfora; y cuando, finalmente, se logra vencerlo, aparece la nostalgia. Si lo único que podía extraerse del vacío, dirá Sarlo, era al bárbaro, y la cultura precisaba de un signo de voluntarismo para su gesta, ahora, sin la figura del vacío, aparece en el inmigrante un nuevo bárbaro y, con él, la reivindicación de un pasado ya cerrado. Este argumento delinea la autora para afirmar que, reiteradamente, la literatura argentina se ve llevada a pensar un comienzo (Sarlo, pp. 25-29).

Aún hoy en los colegios más emblemáticos de la ciudad de Buenos Aires, *Juvenilia* (1884) sigue siendo un texto de lectura obligada; es un tanto escalofriante saber que su autor, Miguel Cané, representante de este momento de nuestra historia, también fue el autor de la Ley de Residencia<sup>6</sup>. Si el nuevo comienzo conjugará la discusión lingüística con la praxis persecutoria, los ideales de progreso y civilidad poco tendrán que ver con una concepción pluralista de la democracia. Esta puede llegar a ser una de las causas de, lo que considera Di Tullio, la peculiaridad de un proceso inmigratorio de tanta dimensión: la homogeneidad de la población resultante.

La generación del 80, en síntesis, pone en marcha el proyecto del 37, pero la consumación de la inmigración, que ellos mismos fomentaron, y la aparición de nuevos valores sociales, asociados a la incorporación de los recién llegados, fomentan el pasaje de la xenofilia a la xenofobia. Ciertamente que el inmigrante latino no era el tipo soñado, cierto también que la identidad del grupo letrado estaba anidada ahora en todas las áreas del quehacer nacional; a los hechos, el miedo al recorte de ese poder se hizo sentir en un modelo de nación excluyente, movido, nuevamente, a través de una planificación lingüística.

En el año 1900 un francés, L. Abeille, describe, a su modo, los principales rasgos del carácter argentino bajo el supuesto locucional de: *el idioma nacional*

---

<sup>5</sup> En *Comprobaciones históricas: algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, versión fotocopiada, p. 298: "consagrado al héroe de la historia en cuestión".

<sup>6</sup> Sobre el tema: Feinmann, José P. [en red] recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-42416-2004-10-17.html>

*de los argentinos*. Retoma casi literalmente algunas propuestas de Sarmiento, pero las da por realizadas: “la frase argentina es clara porque la claridad argentina constituye uno de los caracteres de la inteligencia argentina” (Abeille, 2005, p. 414); habla del hogar argentino como de un espacio pleno de ternura, donde los padres no son severos con sus hijos; acto seguido, para ganar en seriedad, cita a un psicólogo que alecciona sobre la responsabilidad de los padres en el autogobierno de sus hijos; y no duda en rematar con la asimilación de lo individual al orden de lo colectivo. Hijos de España, nos alejamos de ella en la sintaxis, el vocabulario y la fonética; y gracias a un estado de sensibilidad que nos es propio, damos la bienvenida a un sinfín de elementos extranjeros, sin temor de que se perturbe el alma nacional. Nuestro idioma, finaliza, de fusión y apertura, se manifiesta en la evolución del país entero; he aquí que Abeille vislumbra al país entero en la fisionomía y modernidad de la Ciudad de Buenos Aires, con sus *tramways*, vías férreas y sus millares de focos eléctricos. Es difícil imaginar, en principio, cómo un portavoz que hubiera significado la fantasía de la generación anterior, prácticamente un neorromántico, se gana la enemistad de toda la elite letrada del nuevo siglo. La idea de la fusión como algo positivo es un dato a tener en cuenta, se entiende que no vaya de acuerdo esta interpretación con otra que precisa estigmatizar para delinear las jerarquías de la sociedad que quiere establecer; pero el enardecimiento que se genera está movido también porque Abeille asocia abiertamente, y quizás por primera vez, el flujo del idioma con el flujo de la historia colectiva: “la lengua del pueblo es este mismo pueblo” (Abeille, p. 413). Las ficciones fundacionales abren paso a los lenguajes de los colectivos; el cocoliche, el lunfardo, el orillero son los nombres que la reacción beligerante tuvo que poner para caricaturizar un fenómeno que ya no se contenía en la historia de heroísmos individuales. En palabras de Armando Discépolo: “estos personajes no quieren ser caricatura, quieren ser documento”.

### **III. Borges: la fundación mítica**

En el epílogo de *El libro de arena* (1975), Borges escribe que prologar cuentos no leídos aún es tarea casi imposible, ya que exige el análisis de tramas que no conviene anticipar (Borges, 1998, p. 138). Luego de justificar, de ese modo, su preferencia por las recapitulaciones, procede haciéndolo con el primero de los cuentos de ese libro: *El otro*. Comenta que se trata allí el tema del doble, de esa “aparición espectral”, producto de los espejos o de la memoria, que hace de cada cual un espectador y un actor; bastante distintos para ser dos y lo suficientemente parecidos para ser uno.

Imbuido con el don de poder hacer lo que se prefiere, Borges participa del final de la polémica alrededor de la cuestión del idioma, al menos en los términos en los que venía su desarrollo. Según Di Tullio, en parte por los cambios de la Argentina de la democracia de masas, donde no existían referentes de ningún ‘otro’ que la hicieran urgente. Según Sarlo, porque esos ‘otros’ podían configurar ahora un ‘nosotros’ con el yo literario de los intelectuales de la época. Del modo que se enuncie, de lo que se habla es de un paso de frontera. Ya en el siglo XX, existe una distancia para que las lecturas del pasado se manifiesten en nuevos interrogantes sobre el devenir de nuestra identidad. Qué fracasó de los proyectos fundacionales, qué marcas han quedado, qué forma

tiene la ciudad, qué forma puede tener la literatura. En esta tradición, de la que Borges es representante, se insertará la vanguardia.

Volvemos a Di Tullio para hacer un foco sobre el cierre del debate. Décadas más tarde de la aparición de *El idioma de los argentinos* (1928), sucede una batalla lingüística entre los profesionales de la lengua o, como dice Di Tullio, entre Literatura y Academia. Amado Alonso y Américo Castro, dos directores del Instituto de Filología y Letras, retomarán, por medio de artículos polémicos, la tradición de la queja inaugurada por Miguel Cané: en Argentina se habla y se escribe mal. Aduciendo actitudes de recelo de la masa ante los elementos cultos del orden social y falta de freno de los nativos a una inmigración que contamina el habla y trastoca las jerarquías, se hacen eco de la vetusta cruzada en pos de justificar la posición dirigente de la elite. Mientras Alonso mantuvo sus diagnósticos dentro de un terreno lingüístico, Castro fue más allá, para concluir en el área de las esencias nacionales, y, si bien ambos son muy complacientes con la figura de Borges, éste no duda en ridiculizar a los académicos e impulsar una lucha institucional para que un argentino se ponga al frente del Instituto y se corte, formalmente, con el coloniaje idiomático. Heredero de la Generación del 37, en sus críticas a los casticistas, y de la Generación del 80, en sus delimitaciones y en la exclusión de los lectos de la oralidad popular, con un programa nacionalista, unitario y burgués (Di Tullio, web), autolegitima su discurso y universaliza los temas de la literatura argentina. El idioma de los argentinos es una corazonada; aún no ha sido escrito, está en el aire, hay un ambiente distinto para nuestra voz, y a ese matiz de diferenciación es deber de cada uno encontrarlo (Borges, 1928).

La voz, la palabra y la autoridad se sintetizan en el relato legitimado; esta operación es ambivalente, el relato también modifica el curso de la voz. Esto no sucede sólo en el psicoanálisis, sucede en todos los procesos atravesados por sujetos, sujetados a un lenguaje. Sarlo recurre a la categoría de 'imaginación histórica' para explicar el modo de establecer una jerarquía causal en un momento vivido como crítico. Dice que la imaginación histórica propone un conjunto de personajes y una organización narrativizada de sus relaciones y, al hacerlo, recurre a la ideología, a la retórica y a la experiencia (Sarlo, 2007, p. 207). Estos tres elementos están presentes en todas las respuestas que se quiso o pudo dar a cómo hacer de la lengua heredada de la metrópoli una lengua propia. En el caso de Borges, darle a Buenos Aires una lengua literaria junto con una dimensión mítica a la ciudad fue la manera. Sumar elementos tradicionales, conservadores, con planteos rupturistas en la búsqueda de los temas y el modo de resolver las contradicciones; con el mismo humor que ya había sido usado para naturalizar los prejuicios contra los inmigrantes, continúa esa tradición y agrega otra, que lo utiliza en pos de un ánimo más progresista. ¿Qué es lo que se cierra con la definición de Borges?, ¿acaso la ficción no sigue funcionando como motor de las representaciones colectivas?, ¿se despunta un escritor, el escritor de los argentinos, describiendo una ciudad propia que no existe?, ¿cuál es la diferencia entre esta ficción y la de los románticos, o la excluyente de los hombres del centenario?

La ficción en Borges vanguardia una literatura, las otras pretenden / precisan ser historia. El lenguaje es como la luna, dice Borges, tiene su hemisferio de sombra; al igual que la soledad de las ciudades, la lengua circula entre anonimatos.

\*\*\*

Pensar nuestro idioma o, lo que es más duro, su origen, en un momento de la historia del mundo en el que las identidades vuelven a estar colapsadas por procesos de fragmentación y, paralelamente, de recrudescimiento; cuando fuertes reivindicaciones nacionalistas conviven con tendencias desideologizantes que impregnan en la fisionomía de esa misma ciudad que, en lo que fue de nuestro relato, recién estaba naciendo es complejo. Existe un lenguaje de todas las cosas, el de las ciudades es quizás uno de los más evidentes. Las huellas del menemismo, al que nos referimos también al abrir este escrito, están en cada bar vuelto lugar de paso, con sus helechos y sus luces dicroicas; arrebatado de su identidad, de sus habitantes trasnochados que tomaban caña legui a las ocho de la mañana y jugaban un partido de ajedrez que no terminaba nunca. Leer a Borges diciendo que el idioma de los argentinos es la charla en el café, hace pensar que ese café ya casi no existe y que ese idioma, seguramente, tampoco. Es cierto que tampoco existe el menemismo, pero los signos de las tradiciones que han volado en estos suelos no son fáciles de erradicar, y qué clase de identidad uno podría construir borrando y empezando a cada vuelta de página. La nostalgia de lo perdido y la esperanza del ánimo iniciador han estado en todas las lecturas que, sobre el tema, pudimos abarcar; no son sensaciones ajenas al presente de quien les habla. La actualidad de la temática que nos ocupó, con todas las licencias propias de un formato restringido, está anclada, sobre todo, en la actualidad de las microhistorias. Si bien no fue la biografía el modo de encarar lo que llamamos "historias de vida", creemos que el estudio de esta dimensión no puede desestimarse en el análisis de un proyecto colectivo, del tipo que sea. De continuar esta investigación, daríamos lugar al desarrollo de la gesta, que aquí sólo esbozamos, de los distintos personajes que han participado de la trama de la constitución de nuestra lengua: el político, el ideólogo, el historiador, los nuevos habitantes y sus peculiaridades, el escritor, el poeta. Cómo, con el paso del tiempo, esas tipologías se moldearon y cómo se los designa hoy. Que 'política' haya sido una mala palabra hasta no hace mucho y hoy indique otro horizonte de sensaciones es un ejemplo de la necesaria reflexión sobre estos temas.

### Referencias bibliográficas:

- Abeille, L. (2005). *Idioma nacional de los argentinos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Alberdi, J. B. (s. f.). *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Borges, J. L. (1998). *El libro de arena*. Madrid: Alianza.
- (1928). *El idioma de los argentinos*. Versión fotocopiada.
- (1980). *Nueva antología personal*. Barcelona: Bruguera.
- Di Tullio, A. L. (2010). *Políticas lingüísticas e inmigración, el caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- (s.f.). “El idioma de los argentinos: cultura y discriminación” [en red]. Recuperado de: [www.sololiteratura.com/bor/borelidiomade.htm](http://www.sololiteratura.com/bor/borelidiomade.htm).
- Dotti, J. E. (s. f.). *Las vetas del texto. Una lectura de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*. Buenos Aires: Puntosur editores.
- González, H. et al. (2008). *Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la lengua latinoamericana*. Buenos Aires: Colihue.
- Gutierrez, J. M. (s.f.) “Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros”. en Weimberg, F. (s.f.). *El salón literario de 1837*. Versión fotocopiada.
- Mitre, B. (s.f.) Prólogo de *Soledad* [en red]. Recuperado de: [http://es.wikisource.org/wiki/Soledad\\_\(Mitre\)](http://es.wikisource.org/wiki/Soledad_(Mitre))
- (s.f.). *Comprobaciones históricas: algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*. Versión fotocopiada.
- Oloixarac, P. (2008). *Las teorías salvajes*. Buenos Aires: Entropía.
- Rejtman, M. (2007). *Rapado*. Buenos Aires: Interzona.
- Sarlo, B. (2007). *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- (2007). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sarmiento, D. F. (s.f.). *Obras Completas de Sarmiento. IV Ortografía, Instrucción Pública (1841-1854)*. Buenos Aires: Luz del día.
- Sommer, D. (2010). “Un romance irresistible: ficciones fundacionales de América Latina”. En Bhabha, H. K. (comp.). *Nación y Narración*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.